

Historias perversas para contarte

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Acosta Acosta, Martiniano, 1952- Historias perversas para contarte / Martiniano Acosta. -- 1a. ed. – Santa Marta : Universidad del Magdalena, 2017. 62 p. – (Libros artísticos y culturales) Incluye datos biográficos del autor. ISBN 978-958-746-085-8 -- 978-958-746-086-5 (digital) 1. Cuentos colombianos - Siglo XXI I. Título II. Serie CDD: Co863.5 ed. 23	CO-BoBN– a1009374
--	-------------------

Primera edición, octubre de 2017

Primera reimpresión, febrero de 2018

© UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA

Editorial Unimagdalena
Carrera 32 No. 22 - 08
(57 - 5) 4217940 Ext. 1888
Bloque 8 - Segundo Piso
Santa Marta D.T.C.H. - Colombia
editorial@unimagdalena.edu.co

Colección: Libros Artísticos y Culturales

Rector: Pablo Vera Salazar
Vicerrector de Investigación: Ernesto Amaru Galvis Lista
Coordinador de Publicaciones y Fomento Editorial: Jorge Enrique Elías-Caro

Diseño de portada y diagramación: Luis Felipe Marquez Lora
Imagen de portada: Pirotecnia tropical (SERIE HUMEDALES). Acrílico sobre lienzo de Ángel Almendrales Viadero, pintor artístico, 2013
Corrección de estilo: Gran Caribe, Pensamiento, Cultura, Literatura
Santa Marta, Colombia, 2017

ISBN: 978-958-746-085-8 (impreso)
ISBN: 978-958-746-086-5 (digital)

Impreso y hecho en Colombia - Printed and made in Colombia
Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S. - Xpress Kimpres (Bogotá)

El contenido de esta obra está protegido por las leyes y tratados internacionales en materia de Derecho de Autor. Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio impreso o digital conocido o por conocer. Queda prohibida la comunicación pública por cualquier medio, inclusive a través de redes digitales, sin contar con la previa y expresa autorización de la Universidad del Magdalena.

Las opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad del autor y no compromete al pensamiento institucional de la Universidad del Magdalena, ni genera responsabilidad frente a terceros.

Historias perversas para contarte

Martiniano Acosta

Colección: Libros Artísticos y Culturales



“Horizontes y ficciones. Simples creadores de paisajes mentales”.

Diana Castro Benetti (Itinerario)

ÍNDICE

LANGOSTAS.....	9
AFUERA Y ADENTRO.....	13
CARRERA HACIA LA VIDA.....	17
MUJER PÚBLICA E INESPERADA.....	19
LOS RATONES QUE ACORRALARON A LOS NIÑOS.....	25
LA CIUDAD DE LOS HOMBRES VISIBLES.....	29
LOS PECES QUE AMABAN A LOS HOMBRES.....	33
¿ALÓ?.....	37
SE ESTÁN ROBANDO EL RÍO.....	41
CUATRO PEZUÑAS ROMPEN EL AIRE DE LA PLAZA.....	45
LA RATICA MÉNDEZ.....	51
PÉRFIDO DOMINÓ.....	57

LANGOSTAS

A mi casa llegó una Biblia de extraordinaria impresión. Estaba traducida al español de manera directa desde los originales hebreo y griego, por catedráticos de la Universidad de Madrid. Nos la ofreció una amiga con el propósito de que la leyéramos asiduamente. Yo no tomé su consejo al pie de la letra pero mi esposa sí, repasaba cada historia y luego me la relataba mientras la televisión mostraba imágenes violentas e impactantes ocurridas en Bahía del Mar.

A mi esposa le estremeció el carácter maravilloso de la narración dramática de El Libro del Éxodo, sobre todo aquellos capítulos en los que se cuenta la historia de las Nueve Plagas de Egipto: las ranas gigantes, los mosquitos, las langostas... Además, surgía otra situación preocupante porque ella cada noche soñaba con una de las pestes. Así que todas esas lecturas, la llevaron a concluir —no admitía refutación— que el mundo estaba viviendo actualmente las mismas plagas de siglos atrás pero, ahora, tecnificadas.

De tanto oírse las, yo me las había aprendido de memoria.

Una mañana de domingo bahíamariano, me acomodé en la silla, y justo al momento de desayunar, la escuché que desde el cuarto recitaba con voz soñolienta parte de un pasaje bíblico: *“Cuando llegó la mañana, el viento solano había traído la langosta. La langosta invadió todo el país de Egipto y se posó en todo el territorio egipcio... Cubrió, en efecto, la superficie de todo el país, quedando el territorio oscurecido. Ella devoró toda la hierba del país y todos los frutos de los árboles que el granizo había dejado...”*

No le interrumpí. Pensé que, en el caso de las langostas, me aterrorizaba la voracidad y destrucción del medio. Jamás había tenido para esos bichos una actitud de benevolencia, todo lo contrario, sentiría placer destruyéndolos.

Esa mañana dominical, mi mujer no quería abandonar la cama, aprovechaba la placidez que da pensar en seguir durmiendo y en no levantarse, en no bañarse, en no ir a trabajar.

Serían las nueve de la mañana, cuando después de morder un pedazo de pan blanco y sorber un poco de café con leche, recordé el sueño (Yo diría pesadilla) que, con voz intranquila y casi ronca, me refirió antes de que yo me levantara: *“Soñé que en el oído izquierdo se me habían metido tres langostas y me las iba sacando por partes y las colocaba en distintos sitios: las patas posteriores, en la mesita de noche; dos alas, en un plato de plástico; el protórax y antenas, en mi pocillo en el que tomo todas las mañanas mi ración de café;...las tibias con espinas, en mi boca...en ese instante surgieron los gritos de repugnancia...”*.

El pocillo de café quedó a medio camino porque sentí sonidos crujientes y un revuelo de palomas en el techo de la casa y, a la vez, una voz fuerte que, desde la calle, las espantaba. Pensé fugazmente en las aves y me dije que no era nada. Volví a pensar en el sueño que mi mujer me contó: *“De pronto, estaba solitaria en el centro de una pradera. No dejaba de extraerme de los oídos las otras partes de las langostas. El miedo me amarró los pies cuando vi que por un terreno destapado caminaban unas y volaban otras, como en el pasaje bíblico, devoraban la hierba y todos los frutos que aún quedaban, con una enorme boca de humano. Era tu boca, Dany...Y de repente invadieron nuestra habitación...”*.

Le dije para calmarla que era una pesadilla, que no se preocupara. Uno siempre tiene sueños raros. ¿Qué significado tendrá ese sueño?, me preguntó bastante impresionada. Dicen que soñar con langostas es paz, felicidad, dinero, larga vida, le dije. Yo no creo, Dany. A mí me suena más a destrucción, a ruina, a sequía, a rompimiento familiar.

Me detuve cuando escuché su interpretación. Intenté plantearle algún argumento pero no fui contundente. Ella me dio la espalda, forrándose con el cubrelecho de pies a cabeza y se entregó de nuevo al sueño.

No quise seguir desayunando, recogí las sobras y las tiré a la basura. Lo que sobrevino fue la confusión. El silencio de la casa y de la calle me aterraba. Me senté en una silla de la sala, tratando de identificar algunas sombras que se

reflejaban a contraluz en las cortinas. Y me alarmaba la calma interrumpida por las sirenas que se abrían espacio entre la multitud de autos.

Segundos después, enmudecí. El pavor se tomó mis ojos. Intenté levantarme de la silla pero sentía los pies enterrados en el piso. Los ruidos del techo se trasladaron al interior de la casa. Y me di cuenta de que mi mujer estaba próxima a ser asaltada por esa sorprendente nube oscura de langostas comandada por una langosta que movía antenas, patas y alas estentóreamente. Cuando escuché el grito de horror de mi mujer, me sentí el hombre más incapaz del mundo. No pude pasar a auxiliarla debido a que un montón de insectos estridulaba y trataba de adherirse a las paredes, al techo, a las lámparas, a los abanicos, a los aires acondicionados, dispuestos a caerme encima como alud desprendido de una montaña.

Corrí. Me vi correr y atrincherarme en la biblioteca de la casa en la que los saltamontes intentaban penetrar. Me armé de destornilladores, pedazos de tubos, también encontré un insecticida en aerosol pero solo asperjaba aire. Junté libros en pilas a manera de un bastión. Y me puse a la defensiva. En ese instante, pensé en ella. ¿Qué le habría podido pasar?

Una pausa verdaderamente extraña, sin ruidos, ni crujidos reemplazó mis pensamientos y mis miedos. Allí permanecí acurrucado, ignoro cuántos minutos, hasta que al otro lado de la puerta, empezó a llamar una voz dulce.

Marzo 19 de 2017.

Santa Marta, cerca del mar.

AFUERA Y ADENTRO

AFUERA

En una de las principales calles de Bahía del Mar, miles de motos vomitan humo y desgranán ronquidos metálicos, incomodando el sueño de la gente. Las llantas rechinan contra el pavimento. Una voz fuerte y perversa da órdenes por encima de la algarabía. Las manos hacen vibrar los manubrios, las motos rugen. Una carrera tan peligrosa y espeluznante como la que ocurre en la Isla de Man. En la avenida, durante la media noche, el caos se multiplica. El comentario de los que están fuera del juego mortal es que las autoridades andan como las nubes, lejos.

ADENTRO

Duermo. De repente, esa bullaranga atora mi habitación. Entra estremeciendo los vidrios de ventanas y sacudiendo puertas. En mi mente suenan los versos de la canción de Bob Dylan: “Hace un tiempo tuve un sueño muy loco, I dreamt I was walkin’ into World War Three. Soñé que caminaba dentro de la Tercera Guerra Mundial.”

Boca arriba imagino que el ruido pertenece a la misma caravana de motos aceleradas, enloquecidas, que circulan todas las noches. Ahora estoy pegada a la ventana y las veo pasar. Van en fila, son de todos los tamaños y colores. Bufan. Los mofles botan humo blanco y negro. Alcanzo a ver que muchos de los que conducen son mis amigos. Los llamo a gritos, pero ellos no me escuchan. Pasan punkeros violentos, con enormes crestas de gallo en la

cabeza. Pasan reguetoneros luciendo gafas oscuras y una cabeza rapada. Pasan homosexuales gesticulando groserías. Pasan lesbianas comiéndose a besos. Pasan raperos cubiertos con gorras fosforescentes y de su cuello cuelgan cadenas extravagantes. Me sonríen. Me lanzan algunas palabras que no entiendo. El vidrio de mi ventana es un muro infranqueable. Pasan unas monjas, no rezan, solo lloran. El conjunto de motos fluye como camino de hormigas que lleva pedazos de hojas.

AFUERA

Ahora, una mujer está pegada a la ventana y le encanta ver pasar las motos. Tiene una cara idiotizada. De pronto, sale por la ventana y observa de pie la fila de motos. Desde la orilla grita pero nadie la atiende. Una amiga surge a su lado. Le acompaña y trata de traducirle lo que ellos le vociferan pero los gritos se confunden y se pierden en medio del ruido. La mujer atrevidamente intenta detener una moto. Cada vez que ella se acerca, los motociclistas se alejan, en una especie de zoom perverso.

Las madrugadas de Bahía del Mar siempre están plagadas de accidentes automovilísticos, de robos frecuentes, de atracos inesperados y de crímenes estúpidos. Por instantes, el silencio se apodera de la avenida como si las motos fueran difuntos o como si las vuvuzelas en un estadio hubieran cortado su sonido de un solo tajo. Las luces de las motos no han dejado su intermitencia. En el espacio que queda, surgen las vocales extendidas en el mitin de felinos que conquistan amores sobre los tejados celestinos.

Últimamente, el calor es atosigante, un calor que se viene caminando desde el mar. Un calor maldito que se instala en las plazas de la ciudad, que corroe el asfalto de la carretera, que derrite los relojes de los templos y que achicharra las casas y deslíe el amor que intentan hacer los motociclistas en sus pausas.

Se siente un amanecer de voces indignadas que van agrandándose igual que un globo al inflarlo. Ruedan comentarios de sucesos que la noche ha parido: crímenes horrendos a mujeres indefensas, accidentes inimaginables en las avenidas, violaciones a niños y niñas, robos a mano armada. La inseguridad

es un río que se desborda nochemente. La mujer de la orilla ya no está. Y su amiga tampoco.

ADENTRO

Yo soy la mujer, la otra orilla me acoge. Pasa mi amigo en su moto, o mejor, mi ex novio. Rastrilla las llantas de su vehículo. Yo lo grito y lo amenazo con propinarle puñetazos sino me escucha. Él imprime peligrosamente más velocidad a su moto. La ciudad es una pelota de ruidos. La avenida es un campo de carreras jugando a la muerte. Alcanzo a leer un letrero en un altar: “gloria, osadía y valentía”. Pierdo la voz por causa de gritar a mi amigo. Sin pensarlo, me voy detrás de mi ex, buscándolo por todas partes. Aparece un taxi en mi camino pero nadie lo conduce. De repente, soy yo quien conduce. Hundo el acelerador y, sin control, me estrello. Sin embargo, continúo manejándolo. En el último tramo de la carretera, entro con el carro a una habitación en donde está mi ex novio arreglando dos camas con una joven a la que no le veo el rostro pero sé que es mi amiga, la que me acompañaba. Siento rabia, envidia, porque él está con otra y yo recuerdo lo que hacía conmigo cuando era mi novio. Recrimino mi actitud por haberlo perdido. Me salgo del cuarto, triste, a punto de llorar.

Todo se pone en blanco y me veo solitaria, tirada en el piso, grito y nadie me escucha.

AFUERA

El sol viene desgajando su luz sobre la ciudad, los árboles y los caminos.

La voz de algún pájaro extraviado desde un roble sin flores también abre la mañana. Reunión de curiosos. Los comentarios que destejen son irónicos y muy críticos. La caravana de motos que anoche volvió a interrumpir el sueño a más de uno, parece interminable. Críticas sarcásticas contra las autoridades, que no vigilan las carreras de motos, que se dejan sobornar. Un grupo de

mujeres relata lo siniestro de los viajeros nocturnos, diciendo que son unos sicópatas, perversos.

ADENTRO

—¿Escuchaste el terrible ruido de motos en la madrugada?

—Sí, pero creí que era un sueño.

Septiembre 24 de 2015.

Santa Marta, cerca del mar.

CARRERA HACIA LA VIDA

— ¡Carajo, debo tener una cara de muerto!

Pensó Ulises. Con dificultad se palpó la blandura del hueco que la bala le había dejado en la frente. Todavía podía sentir la intensa quemadura y percibir el olor de pólvora mortal. Su respiración era apretada. Para que sus pulmones dieran lugar a otra, pasaban largos minutos. El círculo de imprudentes observaba morbosamente la escena, escrutando cómo el proyectil había perforado la carne, el hueso frontal y cómo la sangre corría lentamente por la frente, el ojo, la mejilla y el hombro hasta descender para dibujar un mapa rojo en el pavimento. El cuerpo largo y flaco señalaba la figura de un hombre que intentó emprender la carrera hacia la vida.

Ulises recordó, en medio de su agonía, fragmentos de la conversación que sostuvo con unos amigos sobre cómo le gustaría morir. En aquella ocasión dijo que no le gustaría morir incinerado ni ahogado ni en accidente de tránsito ni de aviación sino de un tiro en la cabeza porque sería una muerte rápida. La respuesta produjo carcajadas entre quienes lo escuchaban. “Seguro, amigos, yo pertenezco a dos siglos: me considero un Don Juan y un Casanova. Lo que me hace ser así es que considero que las mujeres para mí, son fascinantes, divinas”.

Soltó un lamento. La gente que se acercaba, seguía cerrando el círculo y lanzando siempre las mismas preguntas de rutina.

Ulises se definía, sin tapujos, como un galán, un seductor, un cortejador que viajaba de una ciudad a otra. Los amores lo trastornaban. En verdad, eran pasiones complejas. Algún aspecto contrariaba sus relaciones. La compra de datos móviles no era suficiente para hablar con ellas. Por eso, además,

utilizaba el correo u otros medios. Parecía un animal salvaje olfateando a las mujeres desde largas distancias. No le importaba que ya ese territorio estuviera marcado por otro hombre. Ponía todo el empeño en conseguírselas, no descansaba hasta alcanzar su objetivo. Labia y persistencia eran sus armas. Al fin y al cabo, sus mujeres —igual a la que le estaba acompañando con sollozos y gemidos— terminaban con él derrochando horas de sexo en los moteles.

Fue un atardecer bahíamariano amarillo y oloroso mar. Paseaban juntos por la calle principal de Bahía del Mar, un hombre —vestido con prendas discretamente militares— le cerró el camino:

— ¡Ulises, de mí nadie se burla y esta pistola hablará por mí! — le gritó el hombre.

La intimidación no amedrantó a Ulises, creyó que eran solo palabras y hasta quiso responderle como “bien, esto es cosa de hombres y lo vamos arreglar ya” pero el centelleo brotó y lo cegó. A pesar de la oscuridad que lo invadió, escuchó la voz de la joven que lo animaba a correr y a doblar por la primera esquina que encontrara. Así que él pensó seguir corriendo en zigzag porque sentía que, a sus espaldas, la voz femenina lo alentaba, sin embargo, también fue notando que esa voz de amor, se le alejaba cada vez más, convirtiéndosele luego en un llanto.— ¡Carajo, debo tener una cara de muerto!

Volvió a susurrar la frase de desconsuelo. El olor a pólvora todavía se mantenía en el ambiente igual que el redondel de gente fisgona.

La respiración de Ulises dejó de ser áspera. La noche que entraba junto con la luminosidad de las lámparas públicas parecía cubrirlo con una sábana blanca. A la distancia, irrumpieron los alaridos y los colores vibrantes. Una ambulancia venía tragándose las calles y las avenidas, volando por los edificios de Bahía del Mar hacia este punto del universo, taponado por los curiosos y la muerte.

Diciembre 22 de 2015

Santa Marta, cerca del mar.

MUJER PÚBLICA E INESPERADA

A Usiacurí, pueblo de mis abuelos.

La noticia de la muerte de mi tío José Manuel nos llegó por la tarde de un martes. Estábamos enterados de que él había pasado varias semanas en cuidados intensivos a consecuencia de una diabetes mal cuidada que se le volvió mortal.

Años atrás lo visité con mi familia, en una de esas imprevistas correrías que armamos en Semana Santa. Cuando lo vi venir, me pregunté ¿cómo se encogió mi tío? ¿Cómo sus músculos firmes pasaron a ser carnes flácidas? Toda su vida estuvo abriendo surcos a la tierra, a pleno sol, para el sustento de su familia. Un hombre que se valía por sí mismo. Verlo apoyado en el hombro del hijo menor y en un rústico bastón de ceiba, me dejó una imagen desoladora. Aquel encuentro inesperado me produjo tanto dolor que a partir de allí decidí enviarle por correo cierta suma de dinero y hasta la foto que nos tomamos esa mañana de finales de abril.

Al día siguiente, viajamos mi esposa, mi hermana y yo. Mi yerno tuvo la cortesía de ofrecernos los servicios de su automóvil. En verdad, el pueblo quedaba lejos de la ciudad de Bahía del Mar, a 165 kilómetros de distancia y a seis horas de viaje, siempre bajo un sol endemoniado. Concertamos en que estaríamos unas horas con los familiares y luego regresaríamos el mismo día, viajando entre las sombras de la noche.

El pueblo, en donde residió mi tío José Manuel con su familia, tenía referencias notables, se encontraba la casa — museo del poeta Julio Flórez, autor de:

“Horas”, “Cardos y lirios” y “Mis flores negras”. Nos impresionó su geografía rocosa, sus calles inclinadas y limpias, sobre todo, nos impresionó una atmósfera que reflejaba una humedad gris y un aura de misterio fúnebre. Nos pareció excepcional la noticia de que había sido el único pueblo en Colombia de 10.000 habitantes que completaba casi trece años sin homicidios.

Nos pareció extraño, la iglesia construida en la parte más alta de una loma. Y vimos que, para acceder a la entrada principal, había que ascender por una escalinata de cien peldaños. Incluso para llegar a la casa del difunto, debimos bajar calles excesivamente empinadas y trepar otras que producían temor, vértigo y miedo a que se volteara el automóvil.

Cuando por fin en nuestra mirada se atravesó un montoncito de gente, en fila, sentada en sillas plásticas, que nos hizo casi gritar enseguida, *allá es*. Miré en derredor y advertí una cadena de cerros que encajonaban el pueblo. La casa hablaba por sí sola de las condiciones económicas: pintada de un color amarillo pálido, un piso mitad cemento, mitad barro y un techo de zinc oxidado que alborotaba más el bochorno. Dentro, los acompañantes parecían derretirse por el calor mientras conversaban en tono bajo sobre cómo se fue deteriorando la salud de mi tío.

Las horas tenían pereza de avanzar. A pesar del sopor, mi curiosidad se estimuló cuando escuchó las historias que contaba Vladimir González, un señor alto, vestido de blanco, barbudo, de unos 55 años, cuya presencia denotaba fortaleza y a esta le acompañaba una voz de locutor. Para mitigar el calor, me ubiqué debajo del alero de una casa vecina, me tomé un café, saludé, conocí a una nueva generación de primos y me acomodé para escuchar atentamente a Vladimir:

“Recordarán ustedes que el último homicidio registrado fue en febrero del 2002, cuando por accidente se disparó un arma. Aquí se mueren de viejos o de causas naturales. Para nosotros es motivo de orgullo que mucha gente quiera venir a vivir aquí. Sin embargo, el tema que intranquiliza a la gente es que la lista de muertos ha sido seguida en el pueblo”, dijo Vladimir.

O como comentaba graciosamente mi yerno refiriéndose al acto de morir: *“estaban para colgar los guayos”*. De pronto, los llantos que surgían del interior

de la casa y las frases que rememoraban las virtudes del difunto, me desviaban, por segundos, del tema que flotaba en el ambiente.

Entonces, observé el rostro de Vladimir y deduje escuetamente que tenía cara de no pensar en la muerte. Erguido, con un pañuelo en la mano y en la otra el vasito de café, su vozarrón colmaba los oídos. Hablaba de manera clara de una mujer larga y desculada (aquí soltó una carcajada que tuvo que tapar él mismo con sus manazas para no irrespetar al difunto) que hechizaba con su mirada a hombres y mujeres y, a los pocos minutos, morían en cualquier parte y de cualquier manera.

Así inició el relato de la muerte del Doctor Leonardo Vásquez. “A principios de enero, este año, 2017, el doctor Leonardo se dejó deslumbrar por el color negro de los ojos de la mujer. Además, ella lucía en su cabeza un cloché de lana negro y se le notaba la brillantez de los zapatos estilo Charlestone. Digo, yo, uno no sabe qué ha podido pasar, tan viejo, tan *jugao*, que se dejó convencer de esa aparecida de un momento a otro. Horas antes de morir el doctor, la gente asegura que los vieron por las calles del pueblo complaciéndose, agarrados de las manos como dos quinceañeros y sin temor de que alguien los delatara. Y como uno solo necesita estar vivo para morir, el doctor Leonardo apareció muerto en el tercer escalón que conduce a la entrada de la iglesia: sus amigos médicos diagnosticaron más tarde, el golpe infortunado del corazón”.

Vladimir sorbió café y se secó el sudor de la frente con el pañuelo, al comenzar otra de las historias. Limpió su garganta: “Escuchen, en febrero, de este año, Aurelio Vega, un reconocido conductor de este pueblo, transportó a altas horas de la noche a una mujer alta, vestida de color negro, con un sombrero en forma de campana, quien le pidió que la llevara a la única pensión que existe en este pueblo. Él la condujo hasta el lugar descrito y, después de dejarla en la dirección, Aurelio, de regreso, sufrió un accidente fatal contra uno de los peñascos que bordean las calles principales. Lo que yo lamentó de la muerte de Aurelio —dijo Vladimir— fue que dejó en primavera a la esposa”.

Vladimir tomó lo que quedaba del café en el fondo del vaso. Luego, lo arrugó y lo lanzó a la arena. Inició de repente, otra historia, “Si se dan cuenta de la relación entre la mujer y las extrañas muertes ocurridas en este pequeño pueblo que antes era un remanso de paz. ¡Dios mío, esa mujer nos ha jodido el sueño! A

finales de marzo, los medios de comunicación se ocuparon de la noticia. Juan de Dios Mestre, el notario público de este pueblo, se tomaba el tinto debajo de una frondosa enredadera en su casa. Y como solía hacerlo, daba vueltas a las habitaciones limpiando u ordenando lo que encontraba mal puesto.

A su regreso de sus quehaceres, encontró a la mujer de la que todo mundo hablaba y temía, vestida con una falda color crema, luciendo la boina negra y un suéter gris oscuro. Estaba sentada en una butaca, con las piernas cruzadas, a la espera de Juan de Dios. Juan de Dios salió vestido igual que un vaquero: un yin azul, camisa a cuadros rojos, botas tejanas y un sombrero. Así quería vestirme, le dijo a la dama. Sin embargo, ella continuó serena. Con sus dedos largos y flacos, asía la boina, tratando de ajustársela. Te pediré otro favor, quiero irme en mi jeep. Y la mujer, con un gesto de la mano delgada y blanca, le aprobó.

Juan de Dios golpeó las llantas con los nudillos de su mano y comprobó que tenían suficiente aire. Probó el encendido, girando la llave y se dio cuenta de que funcionaba. Y, al final de la revisión, palmoteó el capó como si fuera la espalda de alguna mujer. “Estás como siempre: paradito y dispuesto, viejo Willys”, dicen que dijo.

Vladimir siguió con el relato. Vieron pueblos más vigilados que otros por un ejército oficial. Acamparon en sitios en los que la gaita lloraba por el reguero de muertos en una cancha de fútbol.

De Juan de Dios Mestre, nunca se tuvo noticias. La mujer con la que él viajaba dizque se quedó un tiempo vacacionando por las tierras del porro y la gaita”.

Vladimir González, de repente, miró su reloj y no continuó con otra historia. Se marchó sin despedirse.

Por razones de distancia, nosotros también nos despedimos antes del sepelio. Mi reloj marcaba las cinco de la tarde. Cumplida nuestra labor de solidaridad familiar, regresamos, por una parte, con la sensación de soledad que dejan en el corazón los muertos y, por otra, intranquilos por las muertes continuas relacionadas con la historia de la mujer misteriosa.

Nadie comentó ni dijo haberla visto rondando la casa de mi tío José Manuel.

Mientras salíamos del pueblo, distinguimos a Vladimir González acompañado de una mujer con boina negra, suéter gris oscuro.

Iban a toda prisa, calle abajo.

Diciembre 31 de 2015.

Santa Marta, cerca del mar.

LOS RATONES QUE ACORRALARON A LOS NIÑOS

Las tarjetas del cumpleaños de Ratón Pascuas las repartieron de manera furtiva a determinados invitados. Los niños saltaron de alegría y les dijeron a sus padres que no podían perderse de tan significativa fiesta, pintaba ser muy buena.

Las invitaciones fueron muy curiosas, además, de la forma extraña en que las enviaron: en el pico de unas palomas, en la boca de una ardilla y en el espinazo de una iguana gigante, traían dibujos de trampas y ratoneras y una casucha pintada de rojo con agujeros abiertos por todas las paredes en los que se asomaban rostros de niños.

El día que cumplió cinco años, Ratón Pascuas no pudo probar la torta. Ni mirar, inmediatamente, los regalos guardados en bolsas de todos los tamaños y colores. Pero eso no le importó. Lo mejor de su cumpleaños fue cómo finalizó la celebración.

Sus padres, molidos por el trajín, se durmieron temprano. Y algunos niños invitados se marcharon aterrorizados cuando los roedores les mostraron las garras y los dientes. Otros se quedaron divirtiéndose a pesar de la estridencia. O más bien aceptaban el reto.

Lo primero que hicieron los ratones fue empezar a desaparecer los provocativos dulces colocados en mesas blancas para que los niños no los probaran. Cogían a garras llenas los flanes, los dulces, las piruletas de chocolate, los polos de gelatina, los cakes pops de nubes los cuales iban a parar a sus estómagos o en los bolsos de sus madres ratonas cuyo hocico puntiagudo sonreía. Bastaba que ellas movieran sus hocicos para que sus hijos-ratones salieran a conseguir dulces.

Los niños rodaban, patinaban y perseguían a los ratones para arrebatárles los dulces. Los ratoncitos se escondían para evitar que los estrellaran contra las paredes. En esa guerra sin cuartel, los ratoncitos corrían a gran velocidad detrás de los niños hostigándolos. Les pegaban con las sillas, las mesas. Los colgaban de los racimos de globos y espantaban a los pocos invitados que estaban quedando a raíz del desorden.

Lo segundo que ocurrió fue que los niños convirtieron en tambor la caja de regalos, produciendo escándalo. Ellos bajaban por las patas de las sillas. Subían a las mesas. Interrumpían la toma de fotografías, empujaban a los ratones invitados o se ponían por delante de todos o tiraban algún objeto (celulares, dulces, pudines, globos, serpentinas, zapatos) contra los ratoncitos que posaban para la foto del álbum. Todos los niños olían a Cresopinol, a dulces, a gaseosa, porque la faena había sido monstruosa. Ensuciaron y arrugaron sus vestidos, arrastrándose por el piso.

Los ojos grises de Ratón Pascuas demostraban burla y menosprecio hacia los niños quienes bajaban las bombas y las explotaban cerca de los ratoncitos.

Aquella situación hizo que los ratones esquivaran las manos mortificantes de los pequeños monstruos que ya habían pasado el límite de lo soportable. Los bigotes de los ratones estaban empataados de crema y helados.

Los niños metían las manos, los codos, los pies, los zapatos y la lengua en el pudín de chocolate y los ratones hundían el hocico, los bigotes y las garras en el flamante pudín, también en los helados, en el arequipe, en los pudincitos, en las trufas, convirtiéndose aquello en una disputa.

El resultado fue una trifulca para determinar quién era el más poderoso o quien le hacía más daño a los dulces, pudines o globos. La violencia se inflaba en el aire. Ambos bandos estaban a punto de explotar.

Los ratones corrían veloces abriendo puertas de vidrio, atravesaban el hall, trepaban las columnas, se introducían por el hueco de unas cortinas y salían caminando por los bordes de las ventanas que daban a la calle, manteniendo el equilibrio. Unos, huyendo de los niños. Otros, persiguiendo a los niños.

No sólo había una ventana, toda la pared del fondo del salón tenía más de tres ventanas y por allí surgían ratones y niños. Niños y más niños. Ratones y más ratones, todos acosándose. En realidad, ya no podría hablarse de la celebración de un cumpleaños sino de un maremágnum: el acoso de los ratones obligó a los niños a que se pegaran como arañas al techo y a las paredes. A cubrirse con las sillas de plástico, a esconderse en el aparador blanco de la cocina. Otros, subían o descendían por las columnas del salón con pasmosa habilidad. Pero, también sucedía que si los niños encontraban algún ratón en su camino, se enfrentaban a él y lo lanzaban contra el piso o las paredes y, rato después, se les escuchaba pelear por un pedazo de torta que había caído al suelo. Los niños gruñían. Los ratones chillaban.

El cumplimentado soltó su risa-chillido. Saltaba y se reía pero cuando sintió que, detrás de él, en fila, estaban espiándolo diez rostros humanos iracundos para arrebatarle un vaso de helado y un pedazo de pudín de chocolate, se escabulló por una abertura larga y estrecha. La guerra ya no era fría ni dulce, se encontraba en su punto.

Cuando Ratón Pascuas decidió buscar otro pedazo de torta de chocolate se dio cuenta de que lo que había en la enorme bandeja de vidrio era un grueso número de niños cercados y amenazados. Los ratones les mostraban sus dientes y garras. Las colas se las chasqueaban contra el vidrio del recipiente. Al verlos, Ratón Pascuas se emocionó y participó del redondel perverso.

Los ratones se encontraban tan exacerbados que se habían arrancado de raíz los bigotes.

Septiembre 28 de 2016.

Santa Marta, cerca del mar.

LA CIUDAD DE LOS HOMBRES VISIBLES

Eran los tiempos maravillosos del cese de la guerra y la búsqueda de la paz en Bahía del Mar. Por ese motivo, a cualquier hora, en el instante en que doblaban las campanas desde la blanca torre de la Catedral Basílica, los hombres brotaban de cualquier esquina, se les veía con la luz de la alegría regresando de rumbos desconocidos. Aquel acto de volver a pisar la patria chica, se convertía en una gran fiesta en el corazón de los familiares. Regresar a la vida normal era parecido a un juego de ajedrez. Las piezas empezaban a moverse en el tablero de la convivencia.

Aquellos hombres que fueron interceptados por fuerzas oscuras, aparecían, en medio de la multitud, alborozados y cantándole a la vida. Pero, entre el gentío, también surgían las caras de la tristeza, madres acongojadas cuyos hijos nunca serían visibles.

El cielo de Bahía del Mar pasó de nubes negras a nubes blancas y la libertad florecía en los campos como los robles en primavera. Era la plenitud de la naturaleza.

Antes, un pasado lleno de incertidumbres. Las salas de cine se transformaron en refugios. Los bares albergaron exiliados, desplazados, perseguidos. El licor se deslizaba a borbotones por las gargantas, mientras sonaba la música que hablaba de “Chico Méndez lo mataron. Era un defensor y un ángel de toda la Amazonia.” Se recitaba en esos círculos secretos el poema de Bertolt Brecht: *“Primero se llevaron a los judíos,/ pero a mí no me importó porque yo no lo era;/ luego, arrestaron a los comunistas,/ pero como yo no era comunista tampoco me importó;/ más adelante, detuvieron a los obreros,/ pero como no era obrero,*

tampoco me importó;/ luego detuvieron a los estudiantes,/pero como yo no era estudiante, tampoco me importó;/finalmente, detuvieron a los curas,/ pero como yo no era religioso, tampoco me importó;/ahora me llevan a mí, pero ya es tarde.”.

En el puerto de Bahía del Mar un barco se alejaba veloz, no transportaba turistas sino alucinógenos. Igual, en otra ensenada se deslizaban submarinos cuyo estómago de metal estaba colmado de drogas. A pesar de los esfuerzos policivos, droga y fútbol seguían alimentando el espíritu de los jóvenes.

El tren del carbón alargaba las vocales al pitar y en su carrera contra el tiempo dejaba la contaminación en el ambiente, en la orilla de los pueblos y en el estómago de los peces.

Por fortuna, yo diría que esos hombres ya visibles traían en sus manos los trocitos de cosas que querían y se habían llevado.

Hoy el panadero apareció con su levadura para hacer el pan. Nadie supo en qué momento tomó la misma ruta por la que se lo llevaron. Su voz hilaba una canción: *“Me gusta el pan de Teresa/porque tiene buen aliño/lleva queso y mantequilla/lo comen hasta los niños/ ay, pan, pan, panadero pan, por las calles de San Juan/.*

Hoy llegó el maestro de escuela. Traía al hombro: tablero, marcadores, lápices de colores, cuadernos y detrás de él, una fila de niños que gritaban de gozo.

Ayer le tocó el turno al obrero de una fábrica. Venía con una cara de felicidad. El sufrimiento quedó atrás enterrado entre la hojarasca de la montaña.

Más tarde, el sacerdote apareció como milagro de Dios, decía su comunidad. Las plegarias cumplieron su cometido. En la plaza, las oraciones igual que las palomas revolotearon entre las cúpulas de la catedral blanca.

Esto ocurrió meses atrás, cerca de la playa, un hombre leía las noticias de desplazados y desaparecidos, mientras tomaba desprevénido un café. De repente, la palabra *desocupado* se instaló allí: la silla estropeada y desocupada, el pocillo desocupado, las hojas del periódico sin lector, rodaron por el suelo.

La brisa salitrosa las arrastró por el pavimento de la ciudad y las hundió en las olas del mar, siendo tragadas por un remolino.

Esto sucedió, hoy, cerca de la playa. Un hombre leía en la prensa las noticias de desplazados y desaparecidos. Se sentó en la silla. Pidió un café. Entonces, surgió la palabra *ocupado*. (Las palabras también tienen su valor en la sociedad). El pocillo ocupado, la silla ocupada. El hombre, con los codos apoyados en la mesa, también se hizo visible. Las hojas del periódico en sus manos. La brisa salitrosa igual de alocada no arrastró las hojas por el pavimento ni las hundió en las olas del mar. El hombre pudo leerlas y tomar su café con tranquilidad.

Mañana se esperan a los jóvenes estudiantes y a varios campesinos que, aquel horrible día, nadie, nadie, se percató de que apuntándoles con un arma por detrás, los obligaron a recorrer las calles y a transitar por los campos hasta llevarlos monte adentro. Mañana ellos gritarán de júbilo y respirarán el olor de la lluvia, de las escuelas, del campo mientras ven caer el rocío en las flores, en la hierba y en las manos llenas de entusiasmo.

Hoy, todos ellos dan noticias del derrotero. Unos vivos; otros muertos, infortunadamente. Las calles de Bahía del Mar volvieron a ver a esos hombres que fueron secuestrados. El laberinto del Minotauro fue destruido. El diálogo —tal vez sea el hilo de Ariadna— fue el instrumento para que todos los rehenes pudieran regresar felices por el mismo camino.

En aquella época azarosa, recuerdo que el espejo devolvió mi imagen: ese antiguo rito de verse así mismo. Los nervios se apoderaron de mis manos. Pensé que mi destino no podía ponerme esa clase de trampas. Aquella vez, el miedo era una tela fría en mi cuerpo. Mi corazón registraba un desasosiego urgente porque me pareció ver, a mis espaldas, un hombre alto, encapuchado y enfundado en prendas militares que me apuntaba con un revólver desde dentro del espejo.

—No intente nada. ! Siga ;

Hoy, mis ojos se abren sorprendidos cuando las voces convocan una ruidosa marcha, voces surgidas de las calles de la ciudad de Bahía del Mar. Cientos de

hombres y mujeres con banderas blancas, parecen conducirse por los laberintos ideados por Piranesi, laberintos por donde, lo más seguro regresaron muchos hombres que se volvieron visibles a los demás.

Ellos retornan junto con las palomas que revolotean en redondeles por los cielos nítidos de esta Ciudad del Mar.

2 de diciembre 2016.

Santa Marta, cerca del mar.

LOS PECES QUE AMABAN A LOS HOMBRES

Ayer escuché por el altavoz del móvil que habían solicitado mi precio y mis características. Pienso que hubo un acuerdo porque del otro lado del móvil se oyó un: OK.

Al día siguiente, apareció un Bocachico de tamaño mediano, bien vestido, con sus escamas plateadas. Me dije, parece mi comprador. Y lo miré con desdén. Hizo su pedido y yo caí entre los seleccionados. Mientras nos echaban en una bolsa plástica con abundante agua, un delfín, cuyo basihial forma la “lengua de un pez”, hablaba de lo despreciable que son los seres humanos cuando en un festival, ballenas y delfines son conducidos a una bahía y allí les cortan la cabeza. Otros peces, con movimientos de cabeza, confirmaban lo depravado que había sido el hombre, sobre todo, en la pesca despiadada de tiburones.

Desde ese momento, les llamé la atención. Tal vez, mi figura, mi color, mi manera de nadar o saltar. Sin embargo, el fin último de ellos era, además de exhibirnos, acabar con nuestra libertad, metiéndonos en la “hombrecera”, es decir, un recipiente de vidrio o, en el mejor de los casos, colgarnos en jaulas o en las paredes a manera de adornos.

Allí en el almacén, otros peces indignados me dieron la espalda y siguieron despotricando y señalándome también como la raza que no cesaba en su afán de exterminar todo vestigio de vida animal sobre la tierra.

En todos los almacenes del centro de Bahía del Mar, había muestrarios de hombrecitos de diferentes colores: negros, morenos, mulatos, blancos, albinos, negro mate, azules. Los había de varios tamaños (entre diez y cincuenta

centímetros) y los peces nos compraban de acuerdo con la dimensión del depósito en el que nos pondrían a vivir.

La novedad de los peces jóvenes era hacer gala de las mascotas frente a los demás. ¿Cuál fue su valor? ¿Qué particularidades tenía?

Si descendía de alguna familia de alcurnia. Si tenía títulos nobiliarios.

Los grandes centros comerciales se atiborraban de bonitos, sardinas, jureles, que descendían de sus flamantes autos y en forma desordenada intentaban comprar las mascotas. A los supermercados —ceranos al mar— llegaban corvinas, doradas, lizas, pargos, mojarras, sabaletas, bagre rayado, mero, tintorera, en lanchas y botes con motor fuera de borda o en motos, en camiones, en furgones para transportar bultos llenos de hombrecillos que, más tarde, distribuirían a otros mercados, cruzando fronteras.

En casi todas las ciudades del planeta, se exhibían depósitos con algunas limitaciones establecidas por la Ley, por ejemplo, la altura no debía superar los 60 centímetros por la presión del agua.

Fue tanta la vehemencia por tenernos como mascotas que, los peces dedicados al comercio, debieron colocar avisos luminosos en las grandes avenidas de Bahía del Mar: “Compre uno y lleve tres”.

Cuando el Bocachico nos trajo a su casa, en una especie de consuelo, me dije este será mi nuevo hogar y respiré profundo. Luego, observé la decoración, la iluminación, los filtros del agua, los niveles de oxígeno de la hombrecera. Así, en ese ambiente, —volví a decirme—, nadarían con tranquilidad ancianos y ancianas, hombres y mujeres, jóvenes y jovencitas, niños y niñas, en medio de ese arrecife artificial y de ese motor que ayudaría a proporcionándonos el oxígeno para la respiración.

No perdía de vista al Bocachico. Al rato, introdujo la bolsa cerrada en la hombrecera aproximadamente media hora. Después la abrió y nos dejó salir en cascada. Nos lanzamos al agua. Noté poca alegría en algunos compañeros de aventura. Nadaban sin ganas. Unos se escondieron debajo de unas piedras. Otros, en el arrecife. No había mucho espacio para refugiarse. Yo floté. Luego

descendí al fondo. Di vueltas. Estaba adaptándome a mi nuevo ambiente líquido. Me pegué al vidrio. Vi la sala amplia, limpia y ordenada. Observé y me grabé el camino hacia la puerta de la calle. Al lado, una ventana de vidrio, permanecía semiabierta. Volví a hundirme.

Nuestra tarea dentro de la hombrecera era nadar y nadar. Unos nadaban mejor que otros. El único que saltaba y tocaba el borde de la hombrecera era yo. Esa habilidad fue motivo de alegría, controversia y conversación entre los peces colocados alrededor del recipiente.

Los escuchaba hablar que mis brazos eran largos como alas de águila en permanente movimiento. Mi boca balbuceaba obscenidades cada vez que alguno de ellos se detenía en frente del recipiente o soltaba globitos de aire que parecían insultos. Dos cosas horribles nos pasaban en la hombrecera: una, no gozábamos de libertad. Otra, estábamos al borde de la muerte. Esto ocurría cuando dejaban descansar, por unos minutos, el motor del oxígeno y empezaban a cambiar el agua de la hombrecera. Entonces, las mujeres iban hasta un rincón a llorar y los hombres nos acercábamos a consolarlas.

La comida era apetecida pero insuficiente: unas laminitas de trigo de distintos colores que se debían estrujar para que pudiéramos tragarlas sin complicación alguna.

Al llegar la noche, encendían los televisores. Las voces de los protagonistas invadían las alcobas. La casa se oscurecía menos la hombrecera. Esta permanecía con un bombillo encendido y el maldito ruido del motor.

Varias semanas estuve pegado al vidrio, contemplando el camino de la sala hacia la puerta y la ventana. Y si, por casualidad, escuchaba pasos imprudentes, simulaba nadar para otros los lados. Nadaba con elegancia. Me sentaba en una piedra que servía de adorno en el paisaje marino, cruzaba los brazos y miraba a mi alrededor: veía caras tristes y enojadas; otras mostraban impetuosos deseos de libertad.

Como solía hacerlo, uno de los hijos del Bocachico se acercó y me hablaba en un lenguaje inentendible. Me deslicé entre palmeras de plástico y me fui arrimando al vidrio. Algo brusco internamente me estremeció, un deseo

de venganza. Pensé en todos los que estaban prisioneros, eso aumentó mi descontento. Podríamos tener algunas comodidades pero la libertad es el más alto valor del ser humano, grité.

Después de cuatro meses de convivencia, el Bocachico se dio cuenta de que la hambrecera cada día estaba más vacía. Dijo a sus hijos que no había visto ningún hambrecillo caminando por el pasillo ni tampoco muerto. Algo estaba ocurriendo.

Y sí estaba ocurriendo extraño porque el último en huir por la ventana semiabierta, fui yo. La noche me acogió y me ofreció el aire de la libertad. Me cansé de vivir como los peces.

Atrás dejé la esclavitud encerrada en el estanque. Pensé en los hijos del Bocachico, estarían con los ojos pegados al vidrio, llorando mi ausencia. Vacíos por dentro como el estanque.

Huí buscando otro lugar diferente.

Septiembre 12 de 2016.

Santa Marta, cerca del mar.

¿ALÓ?

El timbre del teléfono sonó varias veces, muy temprano, mientras Bahía del Mar se despertaba invadida de noticias trágicas.

El hombre no se levantó a contestar porque un estado febril lo venía azotando durante varios días. La abundancia del sudor, el insoportable dolor de cabeza, el desgonzamiento de los brazos y una repentina opresión en el pecho no le permitían atender las llamadas, o en verdad, no quería hacerlo.

El teléfono volvió a vibrar. La insistencia del timbre con el paso de los minutos se le convirtió al hombre enfermo en una molestia, que luego pasó a ser una zozobra. No había nadie quien acudiera a atender la llamada y él, menos, debido a su salud, que empezó a aceptarlo como una fatalidad. Era un hombre sin parientes. Desde meses atrás, el aguijón de la soledad venía hincándole duramente.

El teléfono sonó en la siguiente hora cada minuto. Pareciera que el mundo hubiera dejado de ser mundo y, como ya lo dije, definitivamente solo estaba él, en esa pieza, escuchando el sonido intolerable del aparato. Tenía la sensación de estar viviendo como después del juicio final o después de haber caído una bomba de neutrones en el planeta. Los amigos, ni los familiares ni los vecinos, se interesaban por él, a excepción de quien lo estaba solicitando a través del teléfono. En verdad, era un objeto puesto ahí en una cama desarreglada, en un cuartucho de un séptimo piso, en un edificio en el que los inquilinos no se conocían, en un barrio lejos del centro, en una ciudad llamada Bahía del Mar, en un país con altos índices de violencia, de epidemias y desempleo, en un mundo en el que cada día se volvía más difícil seguir viviendo. Él estaba invadido por la enfermedad que contrajo en sus años juveniles y jamás la puso

en manos de los médicos...Laissez faire, laissez passer. El timbre del teléfono llenaba todo el aposento y parecía agigantarse en sus oídos.

El hombre débil y postrado como se encontraba, decidió abandonar la cama. Trató de levantarse pero un fuerte mareo lo detuvo. Se arrastró hasta llegar al aparato negro, grande, impertinente, desagradable, pensó en todos los apelativos, lo agarró y del otro lado de la línea, después de balbucear un hola o un aló imperceptibles, escuchó una voz de mujer entrada en años, una voz bastante meliflua, antigua pero desconocida para él:

—Soy yo, querido. ¿No me reconoces?

— ¿Quién carajos habla ahí? —preguntó furioso.

Del otro lado, la voz guardó silencio. El hombre colgó y se puso irascible, lo que le produjo incomodidad y más temblor en el cuerpo. El timbre lo hizo saltar de nuevo, asustándolo. Sin embargo, lo tomó, incapaz ya de tolerar los nervios.

— Ya es hora de que me acompañes. También yo necesito una cita tuya.

— ¿Quién carajos habla ahí? —volvió a preguntar con fastidio-. Hace años no salgo con nadie.

Tampoco obtuvo respuesta, lo que aumentó su irritabilidad. El hombre trató de bajar los niveles de su enojo. Se sentó al lado del aparato, indagándose quién podría ser la ociosa que a esta hora de la mañana se dedicaba a llamar para molestar, para proponerle una cita que no estaba en condiciones de conceder. Lo tomó como una broma de alguna persona desocupada del otro lado de la línea. El teléfono timbró repetidas veces. Él, con desgano, alcanzó el aparato.

— ¿Quién carajos es el que no tiene oficio ahí? —preguntó

— Soy yo —oyó de nuevo la voz, pero esta vez detectó en ella enfado, urgencia— Y nadie me deja nunca plantada ni se me hace rogar mucho. Soy yo.

Colgó en seco. La voz de la mujer develaba una intención intolerable que le

hizo perder el control. El timbre del teléfono volvió a sacudirlo. Cedió casi al impulso de reventarlo contra el gobelino de la pared de enfrente, cuyo título decía: “Bonaparte visita a los apestados de Jaffa”. El aparato repicó todavía con más intensidad. Lo cogió. Y escuchó:

—Si no vienes de buena gana, iré por ti y te llevaré al mismo infierno.

Colgó, mezcla de rabia y miedo, la cabeza a punto de explotar, sintiendo que su corazón latía a un ritmo impensado. El brazo izquierdo empezó entonces a dormírsele. Le pareció que el repiquetear del timbre crecía con su fiebre, con su rabia, con el ritmo endemoniado de su corazón. El hombre se puso de nuevo el teléfono al oído y se aprestó a escuchar una amenaza, todavía peor. La voz esta vez, sin perder su tono enérgico, se limitó a decirle:

— Soy la muerte, querido. Soy tu muerte. Tenemos que darnos prisa.

Vaya bromista, pensó, o quiso hacerlo, pero de sus labios enfebrecidos solo salió un insulto que le hizo saltar la vena de la sien izquierda:

— ¡Hija de puta! ¡Ve a mamarle gallo a tu madre!

El hombre soltó el teléfono o, más bien, el aparato resbaló de sus manos. La habitación empezó a darle vueltas dentro de su cabeza y su cuerpo dio una voltereta y quedó tendido en el piso ajedrezado.

La voz al otro lado del teléfono dejó de escucharse.

SE ESTÁN ROBANDO EL RÍO

Se están robando el río, lo están llevando poco a poco para otra parte y nos están dejando el barro, la arena y la hierba seca. Desde la puerta de mi casa, sentada en esta silla forrada en plástico, por las tardes veo volar garzas blancas y morenas y pericos, que buscan otros árboles cuyo follaje le sirva de cama durante la noche.

El corazón se me arruga y el llanto se me amarra a la garganta, cuando veo cómo van jalando el río para otro sitio y vamos quedando igual que sapos en el puro lodazal, por no decir una palabra grosera.

Así, el paisaje va resultando huérfano.

Y sin pedir permiso, ellos se van robando el río. Algunos peces que son nuestro alimento diario, van muriendo en el fango que es como su ataúd. Yo los he visto boquear. Otros, cuentan con más fortuna y nadan, cogiendo otro camino de agua.

Esos descarados han hecho que los animales huyan a otros lugares. Igual le ha pasado a los hombres que reclaman que el río también les pertenece. Por eso les digo a mis pocas vecinas que, dentro de poco, no sé de qué vamos a alimentarnos ni qué agua vamos a beber. Allá está Bahía del Mar. Aquí está Pacho. Rodeado de muerte. De sed. De injusticia. La gente de las otras veredas no me cree cuando yo les digo que Pacho es un enfermo. Pacho sólo tiene tres casas de palma, construidas con caña brava y barro, a la orilla de este brazo de agua que las motobombas escondidas están chupando y chupando para regar las plantaciones de las fincas y hartar y bañar los hatos de ganado lechero.

Mucho tiempo atrás, cuando llegamos con menos años en la cara y fundamos Pacho, recuerdo que todo era verde. El río se metía a las casas sin pedir permiso y así se salía. Había animales y peces en abundancia. Se hablaba de la subienda. Pero, hoy, hoy no hay casi agua. La hierba, por donde vivimos, se está muriendo.

La casa de Mariana está a pocos metros de la mía. Y la de Juana, casi a tres. Estamos nariz con nariz. Mariana dice que de aquí no la saca nadie. Uno no debe ser siempre conformista. Este es un caserío que nos pertenece, nosotras pusimos no las primeras piedras sino las tres primeras casas de palma, a la orilla de este pedazo de río. Somos tres mujeres, de ochenta años y cueste lo que nos cueste, aquí seguiremos.

A veces, por las tardes, mientras el agua del río corre y las nubes se vuelven rojas en el horizonte, yo les comento a mis vecinas, imagínense ustedes, si se llevan el río, es como si nos sacaran la sangre de las venas. Y luego se me desagua la boca preguntándoles: ¿Qué vamos a hacer?, ¿Qué vamos a comer?, ¿Dónde vamos a bañarnos?, ¿Qué agua beberemos? ¿Nos moriremos de nostalgia también?

Yo no me voy a morir todavía, así que puedo pelear para que no se sigan llevando el río. Ya hemos puesto en conocimiento a las autoridades de Bahía del Mar todo lo que ha venido ocurriendo con el río.

A Pacho lo fundamos nosotras: Mariana, Juana y yo. Por allí, pasa el brazo del río: pescamos lo que queda y sacamos el agua para nuestras necesidades. Pero cada día, los finqueros le dan una nueva zancadilla al río y a nosotras un golpe mortal.

Desde hace rato vengo con mi cantaleta diciendo que al río lo están echando para otro lado y nadie me oye, están empujándolo para que coja otro camino.

Uno de mis nietos dijo a todos que yo, su abuela, tenía razón, porque él también se había dado cuenta de que las fincas que rodeaban a Pacho se conectaban al río a través de mangueras gruesas, largas, enterradas en el barro, que se tragaban toda el agua sin misericordia e iban a regar los vastos terrenos en donde pastaba y abrevaba el ganado.

Yo no me voy a morir por estos tiempos, ¡hum! Seguiré con mi cantaleta. Ni Pacho se va acabar. Entonces, para qué son estas canas, estas arrugas, esta experiencia de los años que la vida le ha tirado a una en la cara, para combatir y aunque no me pueda mover de esta silla, yo lucharé por ese poquito de agua. Fíjense, así como el río arrastra ramas, troncos, así también nuestros sueños son arrastrados.

Repito, yo no me voy a morir todavía. Juro que ese río nadie lo seguirá trasladando para otra parte. Ni Pacho ni yo nos vamos a morir, ¡hum!

Julio 17 de 2016.

Santa Marta, cerca del mar.

CUATRO PEZUÑAS ROMPEN EL AIRE DE LA PLAZA

Los gritos parecen tener pies y manos porque se sienten cuando suben por las escalinatas del redondel. No importa cómo lo hacen, ascienden. Gritos feroces. Gritos desgarrados. Otros alegres. Emocionados. Y también las voces alentadoras que vienen tribuna abajo y se desploman exactamente en el círculo de arena caliente en donde se enfrentan en plena faena: el torero soberbio y el toro próximo al precipicio de la muerte. El morro rojo cubierto de banderillas. El torero sudando arrogancia, frente aquella mole de carne que embiste o se defiende.

El público desteje el grito brioso del: “¡Olé!” que recorre el círculo ardiente con la misma intensidad con la que salió de las bocas entusiasmadas. Hombres y mujeres están exacerbados por la sangre de los diferentes toros de la tarde taurina. El sol también sangra.

Una imagen extraña y rápida invade la mente de los asistentes: en las gradas no se hallan personas sino bestias que aplauden y ocupan sillones. La mente imagina a varios toreros arrastrados, desangrándose a causa de las banderillas clavadas por los toros. Se les borra rápido la escena y su mirada la centran en el redondel de arena.

El toro está moribundo con banderillas atravesadas formándole un florero mortal. El sol desde el cielo limpio no concede tregua alguna, sigue ofreciendo su infierno. Hierve la arena. Hierve la sangre. Hierve el delirio entre el público que clama: ¡Mátenlo! ¡Mátenlo!

Los espectadores visten elegantemente y repletan las graderías hasta las banderolas y muestran la sonrisa más feliz del mundo. En la mano, whisky, ron

o cerveza. Afuera de la plaza, otras personas toreadan otros toros: la inseguridad, la violencia, el hambre, el atraco. Adentro, los aplausos vuelan como racimos de palomas y el Olé se abre como pollera de bailarina.

En el ruedo de arena, el animal hunde su pezuña y resopla de rabia, expulsando sangre, respirando venganza, mientras el torero, figura recta, rostro irreconocible, con la montera un poco ladeada, la chaquetilla sucia de sangre, el capote detrás sostenido por la mano izquierda, y de frente el estoque apuntando hacia el morro, está esperando que el toro se lance contra él.

El último animal levanta polvareda con sus pezuñas, bañado en sangre, lanza resoplidos de moribundo, lucha por mantenerse en pie. La muchedumbre, envuelta en el paroxismo que produce el espectáculo, exige: ¡muerte!, ¡sangre! El toro malherido se mece hacia atrás, como si fuera a tomar nuevas fuerzas. Su posición revela que no quiere quedar derrotado en la arena, a pesar de su desangre, saca energías de donde no las tiene. La bestia bufa y se decide: da un impulso extraordinario y, al punto, alza vuelo como cualquier ave gigante, con donaire, pasando por las graderías de la plaza en la que se desvanece de repente un olé.

El gentío frustrado porque no se mató al toro, mira cómo se pierde el robusto animal negro por encima de sus cabezas y cómo su pelambre mate, aún pintada de sangre por las banderillas, refleja la brillantez del sol.

AMANECER FELINO

No se sabía de quién era el gato que andaba rondando por las casas ajenas, haciendo desastres. Algunos afirmaban que pertenecía a Medea porque lo habían visto muchas veces sesteando y otras comiendo en el patio de ella. Otros, con gestos inquisidores juraban que era del Padre Antonio. Él lo había traído en una caja de cartón desde el primer día que se hizo inquilino de la casa de la esquina, la que quedaba junto al palo de roble extranjero que era el lugar en donde el felino hacía la siesta y lamía sus afiladas uñas. El padre Antonio pertenecía a la Iglesia Ortodoxa y, según se pudo averiguar, le fascinaban tanto los animales, que el padre vivía entre perros, gatos, pájaros y acuarios.

Su presencia tenía tres llamativos aspectos: por su estatura baja lo tildaban de enano, por la abundante barba lo igualaban a Feliz, uno de los siete enanos de Blanca Nieves, y por la prominente barriga diabética se parecía a Sancho.

El gato ostentaba sus rayas blancas y negras y garras afiladas. Era enorme y de rápido caminar. Cometía tantas travesuras, que no había vecino que no se quejara ante Medea o ante el Padre.

El animal entraba y terminaba con la comida que estaba sobre la estufa. La gente solo escuchaba el estropicio de los platos que se quebraban contra el piso de baldosas.

En el barrio no solo protestaban contra la intromisión gatuna sino también por los maullidos parecidos a la voz del demonio y, asimismo, por el orín semejante al ácido que se expandía por toda la casa dejando impregnado un mal olor, fuerte y apestoso durante varios días.

Por un lado, era horrible escuchar el gato a medianoche, soltando sus quejidos. Y por otro, su presencia se volvió intolerable por el azote al que había sometido a los vecinos del conjunto residencial de Bahía del Mar.

Subía a los techos, pasaba por entre los enrejados de las terrazas, saltaba paredillas. Les ganaba la pelea a los perros. De alguna manera, penetraba a las casas y visitaba las habitaciones con la confianza más absoluta del mundo, como gato por su casa.

El malestar del vecindario llegó al colmo cuando el felino empezó a arañar, a roer y a morder los pies que colgaban de las camas. Los mordía hasta sangrarlos o hasta que la persona despertaba angustiada y con un movimiento brusco lo espantaban, tratando de estrellarlo contra cualquier objeto del cuarto. Sin embargo, el animal se convertía en una exhalación, desaparecía sin ningún rasguño en su piel afelpada.

Al día siguiente, el sol aún no se había asomado por entre los cerros de Bahía del Mar cuando ya se encontraban todos los vecinos descalzos, paseándose cojos y reunidos en el salón de eventos del conjunto residencial. Todos, menos Medea y el padre Antonio. Los vecinos, además de notárseles en su rostro el trasnocho y la exasperación, la conversación giraba sobre el mismo tema: el gato intruso. Un animal asesino. Un enorme problema de cuatro patas y garras que había que solucionar. Ellos no entendían cómo entraba a los cuartos. La rabia los cegaba. Tenía pacto con el diablo, decían. Claro, los gatos son amigos de Satanás, agregaban y se persignaban al nombrarlo. Se plantearon tantas estrategias pero ninguna se llevó a cabo porque se enteraron de que Medea no había querido salir porque todos creían que el gato era de ella. El padre Antonio fue el que dio la cara con su barba de siete meses, venía caminando a medias con el gato a su lado.

El padre sonreía, dejando ver en el pecho peludo su rosario de cuentas de madera color negro. La feliz actitud del padre, irritó más a los vecinos. Se está riendo de nuestra desgracia, exclamó alguien. Pero se sorprendieron aún más cuando se dieron cuenta de que los pies del padre estaban en carne viva. Allí mismo, el animal se encarnizó, hundiéndole los colmillos. Nadie profirió palabra alguna que significara ayuda. En el dolor los lazos de amistad

se estrechan más pero, allí, se acentuó la frase: “*No me alegro pero me corre un fresquito*”.

El padre seguía malherido y con las manos también sangrantes. Sin embargo, él avanzaba hacia el círculo de gente que lo esperaba para que le diera alguna explicación.

Medea, quien vivía cerca del salón de eventos, escuchó las quejas y los reclamos fuertes y altos que le hicieron al padre Antonio. Ella se acercó temerosa y preguntó qué estaba pasando. Sólo obtuvo un silencio que parecía reto o rechazo. Insistió en que se pusieran de acuerdo frente a la situación, que ella llamaría a la policía para evitar que el conflicto subiera de temperatura contra el padre Antonio a causa del gato.

O más bien, volvió a proponer que ella llamaría a una ambulancia para que les atendieran las heridas y se aliviaran. Pero, en esta ocasión, recibió una andanada de improperios, de respuestas inentendibles que la hicieron devolverse y encerrarse en su casa. Acto seguido, los vecinos acorralaron el gato. Incluso, el padre Antonio también entró a formar parte del círculo que se achicaba alrededor del animal.

Medea, mientras sostenía el teléfono cerca de su oído, no alcanzó a escuchar ni maullidos ni gritos entremezclados. Tampoco, el crujido de huesos de animal que se atragantaban en la boca de los vecinos, invadidos por la cólera y la irracionalidad.

Medea colgó el teléfono y, a toda prisa, cerró las puertas y las ventanas con cuatro candados y les arrimó dos escritorios y unos sillones de la sala. Regresó, pálida y nerviosa, a insistir en la llamada telefónica.

Abril 1 de 2017.

Santa Marta, cerca del mar.

LA RATICA MÉNDEZ

Cayó allí por accidente. Fue el primer sitio que albergó el cuerpecito peludo de la ratica Méndez. Venía huyéndole a unas voces masculinas y el susto fue tan descomunal que saltó hacia el vacío y quedó “encestada” en la lata de KLIM. Se le sentía la respiración rápida, tanto los bigotes como los ojos saltones los tenía en permanente movimiento.

En aquel refugio, encontró alimento. Raspó y raspó, con sus colmillos y sus garras, el polvo pegado a la lata. Ese bienestar, aunque fuera por pocos días, la mantuvo amañada.

Como era tan pequeña, le permitió ser casi invisible a los ojos de los demás. Su estadía se prolongó unas semanas más porque sintió que el pote de KLIM le ofrecía seguridad, confianza y la protección de los ataques de los dueños de la casa, de los perversos murciélagos y de otros depredadores nocturnos.

De noche, buscaba otra clase de alimento; miraba la luna, el follaje oscuro del palo de mango que se elevaba en el centro del patio. Le encantaba merodear por la fila de tiestos en los que crecían hermosas matas florecidas: helechos, begonias, trinitarias, llamativas rosas, geranios y la Espada de Bolívar que sobresalía por sus dos colores: verde oscuro y amarillo en sus hojas lanceoladas.

Al fondo, —y ocupando bastante espacio— una montaña de hierro retorcido, de tela enrollada, de alambres eléctricos, botellas vacías, madera podrida, decenas de bicicletas sin llantas y colgadas de una pared. Ratica Méndez andaba siempre alerta. No quería ser sorprendida por un gato, un perro, una trampa. O peor, veneno regado en bolitas rojas.

Saltaba entre herramientas, estufa, nevera, cachivaches, potes, latones, anclados en aquel mar de trastos en desuso, aparentemente protegidos por un techo de zinc.

También estaba presta a cualquier sonido sospechoso. Por eso, ratifica Méndez regresaba y se metía en la lata, sin hacer ruido alguno. Había escuchado pasos y una voz que decía:

¡Voy a cerrar el portón!

Una noche, mientras caminaba, —como acostumbraba hacerlo— encontró un pedazo de hueso de gallina, cerca de una jaula abandonada. A pesar de que el hueso era más largo que ella, lo tomó, lo apretó con sus dientes fuertemente y corrió por la ruta conocida tan alegre como pirata que ha descubierto un tesoro.

Se dirigía a su refugio, sin embargo, esa noche al llegar, sus ojos entraron en confusión porque la lata en la que vivía no se encontraba en el espacio en el que ella la había dejado. El hocico temblaba olfateando en donde podría estar. Sus ojillos escrutaban en la semioscuridad preguntándose por la lata amarilla con letras blancas que había desaparecido.

A pesar del desasosiego, no soltaba el hueso. En vista de lo ocurrido, indagaba por otro refugio. En su andar, con la carga en la boca, debió evadir hormigas, evitar el miau tenebroso de un gato intruso, los chillidos de los murciélagos colgados de las ramas del árbol. Y hasta el ruido sonoro de unas sandalias que se acercaron a un tanque de agua para lavarse las manos.

De repente, vio la nevera vieja y desportillada y, tan rápida como un suspiro, se escondió entre la lata oxidada y la lana amarillenta del fondo de la nevera. Más tranquila, sus colmillos dieron cuenta del hueso y royó con entusiasmo el succulento bocado. Sin embargo, el refugio no era el más perfecto ni el más discreto, quedaba cerca de la puerta del patio. Y estaba a la vista de todos. No era seguro.

La noche había avanzado. Y ella prefirió dormir y, al día siguiente, buscar la solución.

El sol apareció entre las montañas y alumbró fuerte. Desde temprano, iluminó las hojas verdes del palo de mango, la hilera de matas, calentó las calles y pintó de luz las orejitas de ratica Méndez, despertándola.

¡Hay que barrer el patio! gritó alguien.

¡Hay que sacar el tiesto de la Espada de Bolívar para que se lo lleven hoy mismo a su tía!, dijo otra voz.

¿Para dónde se llevan esa mata?

A mi hermana que vive en Bahía del Mar, respondió.

Desde su escondite, temerosa, la ratica miraba el panorama. Instintivamente, atravesó el patio pero frenó en el portón de zinc cuando escuchó el motor de un vehículo en la calle y la voz de una mujer impartiendo nuevas órdenes. Fueron segundos para escoger: observó la lancha enorme que guardaban por las noches allí pero concluyó que no era un área ideal: el mar le daba terror. Miró las paredillas y le dio miedo, sería muy arriesgado.

Así, angustiada, justamente observó el tiesto de la Espada de Bolívar, jarrón que trasladarían a Bahía del Mar. Ansiosa corrió y se enterró. Sintió la frescura de la tierra de abono y el olor de las raíces de la planta que le abrieron el apetito.

Ese mismo domingo, la planta estuvo en casa de Beatriz y del gigante Tadeo. La depositaron en el rincón de un patio rectangular; desde ese momento, la madre del gigante le vació tres jarras de agua y le habló con mucha ternura a las hojas, tocándolas suavemente.

La ratica tomó del agua que quedó encharcada en el tiesto. No se asomó, por temor.

La mata estaba frondosa y atractiva. Lucía en el rincón como un hermoso regalo, dándole al patio un ambiente decorativo y verde.

La ratica empezó a escarbar y escarbar como formando un túnel cuya salida estuviera debajo del recipiente.

Tres días después, en la mañana, Tadeo fue el primero en darse cuenta de que debajo del tiesto aparecía un extraño montón de arena esparcida, negra y desmenuzada. Y dentro del tiesto, un túnel que corría hacia abajo. Tadeo observó la arena de color negro, la olfateó, la tocó con sus dedos enormes y la sintió bastante húmeda.

Es una rata gigante, exclamó la madre de Tadeo.

¿Sí?

Sí, solo ellas pueden cavar así y dejar ese reguero de arena.

¿Y no podrían ser hormigas?, preguntó Tadeo.

No. El hueco es grande, hijo.

Al atardecer del miércoles, la ratita Méndez fue cuando notó el cambio de territorio porque se asomó y vio un patiecito embaldosado y limpio. Sin árboles, solo paredes altas de la casa vecina. Era un paisaje poco agradable. Había poncheras de plásticos ordenadas en un rincón. Un canasto repleto de ropa sucia. Cuerdas tendidas para secar la ropa al sol. La lavadora, al fondo. Su sentido roedor le indicaba que debía tener una alternativa de refugio si la situación se le complicaba. Por eso, mientras tanto, optó por quedarse viviendo dentro del tiesto.

Precisamente, la noche del viernes salió a inspeccionar. No pudo entrar a la casa del gigante porque una puertaventana se lo impedía; paseó por los bordes del lavadero, por las orillas de las ventanas y regresó a su “hogar” conformado por la mata, arena negra, raíces y túnel.

El gigante Tadeo nunca dejó de pensar en el montículo que aparecía todas las mañanas debajo del tiesto.

Al séptimo día, el gigante encontró a la ratita Méndez mojada en el fondo de una vasija... Había hecho tantos esfuerzos por salir que había perdido las fuerzas.

El gigante la agarró por la cola larga, con el pulgar y el índice, y la exhibió como un trofeo. El animal ni siquiera se movía. La ratica era la mitad del dedo medio de la mano del gigante. Estaba asustadísima; colgada, Tadeo se la presentó a su madre quien mostró gestos repugnantes.

Por favor, hijo, máatala y bótala lejos de aquí, gritó su madre algo asqueada.

Tadeo buscó un pedazo de papel higiénico, la envolvió y salió a la calle. Aun la llevaba agarrada por el rabo largo, mostrándola.

¡Tadeo! —gritó su madre—, ¡métela mejor en una bolsa de plástico!

El gigante regresó regañado a casa e hizo lo ordenado. Y volvió a salir con el envoltorio. Se internó en un solar oscuro, en el que se encontraban desechos. Había un silencio profundo. Entonces, colocó la bolsa en un pedazo de piedra y levantó el pie para aplastarla, no obstante, fue incapaz de hacerlo y le perdonó la vida. Con el corazón blando como plastilina, el gigante Tadeo desamarró la bolsa, dejando libre a la ratica Méndez, en la acera a merced de otros depredadores y se devolvió a su casa.

La ratica Méndez salió atolondrada de la bolsa; se detuvo, miró para todos los lados y solo vio a su alcance una alcantarilla y por allí, sin pensarlo más, se deslizó hasta que su rabo largo y negro se perdió por entre la rejilla.

17 de abril de 2017.

Santa Marta, cerca del mar.

PÉRFIDO DOMINÓ

El joven que llegó al barrio y descendió del taxi en la esquina de una calle de la Avenida del Ferrocarril en Bahía del Mar, era el hijo de Alexis Montenegro. Retornó diecisiete años después del abandono forzado al que lo sometió su padre. Aún hoy, nadie ha podido saber con certeza por donde anda Alexis.

Aquellos tiempos mantenían una atmósfera inefable, azarosa, absurda. Era normal asesinar a puñaladas, explotar una bomba o granada, quemar un cuerpo, matar a tiros. Esa cruda realidad se volvió costumbre. Nadie imaginó jamás ni tuvo la menor idea de que el juego de dominó fuera perverso.

Supo que su madre lo entregó a los abuelos y que se dedicó a laborar en una pequeña empresa en donde fabricaban bolsas de plástico que no le hacían daño al planeta y las vendían en los grandes almacenes de cadena.

La falta de palabras cariñosas, de un buen consejo, de un abrazo paternal, no acumularon odio en el corazón de Alexis Junior sino un deseo imparable de profundizar en los pormenores de la historia que le habían contado sus abuelos y amigos. La misma historia que había rodado como balón en Bahía del Mar. Historia en la que su padre fue el único que destrabó el juego perverso del dominó. Sin embargo, unos lo estigmatizaron argumentando cobardía. Otros razonaban que huir fue la mejor solución.

Alexis Junior trataba de recordar cómo fue su niñez en el barrio mas no le aparecía reminiscencia alguna de lo sucedido a su familia y a los jugadores, amigos de su padre. Esa rememoración se convertía en una serie de puntos negros sobre una tela blanca.

Aquella tarde amarilla de abril estaba destinada para que Alexis Montenegro desapareciera. Cuentan que solo bastó que pusiera la punta de su zapato tenis en el estribo del bus cuando, a unos doscientos metros, el estropicio le hizo voltear y encontrarse desgraciadamente con el desmorone de su casa. La vio venirse abajo como una pila de fichas rectangulares de dominó. Vio un derrumbe blanco y negro. Él debió pensar que se desplomaban años de trabajo, infinitos sudores tirados en las paredes como pintor de brocha gorda, incluyendo, miles de partidos de dominó ganados y cuya paga fue invertida allí en cemento, ladrillo y arena para construir ese techo que ahora se despeñaba ante la tristeza de sus ojos y los rostros perplejos de los demás pasajeros.

No hubo remedio ni para el dolor que le había causado el desplome de la casa ni para el infortunado destino al que lo había sometido el juego del dominó, por eso, se marchó. La historia de su vida se cerró en Bahía del Mar como muchas veces había cerrado los juegos de dominó.

Allí, en donde había quedado aquella montonera de escombros, años después, comerciantes árabes edificaron un almacén que *vendía toda clase de prendas masculinas y femeninas a precios baratísimos*. Los árabes sellaron la documentación en la que se proclamaban dueños de aquel solar mediante una escritura *salida de la nada* o, mejor, de las manos de algún notario oportunista del momento.

Debió llorar Alexis Junior al ver la desolación de su futuro, observando cómo salían miles de compradores con bolsas repletas de artículos mientras otros se aglomeraban en la entrada del monumental almacén.

Días después de haber llegado, algunos amigos invitaron a Alexis Junior al mismo sitio en el que su padre llegaba con la única y desteñida pantaloneta de yin, una pobrísima gorra con la visera hacia atrás, los zapatos tenis de color azul, sin media; y la camiseta —imitación de la original— representaba los colores de un equipo de la Liga Europea; los demás jugadores vestían casi parecidos. Duraban días y noches, pegados a la silla, jugando dominó, mientras escanciaban cervezas y escuchaban música champeta hasta altas horas de la noche.

No solo los vecinos del barrio sino en toda la ciudad, conocían a los cuatro eternos jugadores de dominó. Sabían que no dormían los fines de semana y

menos los festivos. Aseguraban que los ojos empequeñecidos por el trasnocho, parecían los puntos del doble uno.

Allí, bajo el frondoso y fresco árbol de Pivijay, el dominó continuó dando porrazos sobre la mesa. En aquel barrio Cundí, de Bahía del Mar, cada fin de semana se armaba una fiesta descomunal, iniciándose desde el viernes hasta el domingo al anochecer. Algunos jugaban fútbol y luego se embriagaban. Otros tenían la costumbre de jugar dominó en la terraza de las tiendas o debajo de la sombra antiquísima del Pivijay. Apostaban dinero o canastas de cervezas heladas.

Alexis Montenegro y sus amigos estaban *emperrados* en el dominó.

Golpazos contra la mesa como queriendo arrojar allí toda la rabia del desempleo, de la frustración y de la furia de ser pobres. El olor de carne asada flotaba y la exquisitez enloquecía a hombres y animales.

Fluía la champeta: la batería y las guitarras eléctricas desmadejaban sus notas que se deslizaban por entre las piernas, los brazos y la cintura de los curiosos quienes, además, de champetear, seguían los detalles del juego de dominó. Incluso, a veces hacían de calanchines para luego recibir la propina.

—Tu papá era el papá de los jugadores.

Alexis Junior sonrió con orgullo. Eran cuatro los jugadores que ponían el alma, la atención, la fe, para derrotar a sus contrarios. Cuatro: Alexis, Juanca, Tony y Gustavito.

Un sábado, Juanca, de tez morena y pelo enroscado, vestía camisilla y pantaloneta roja, no golpeó la ficha contra la mesa sino que su cabeza impactó contra la madera de la mesa, removiendo y regando por el suelo la figura del edificio formado por las fichas.

—Mierda, Juanca, ¿qué te pasa, man?—gritó Alexis.

Los curiosos se abrieron como un paraguas pero luego se acercaron a Juanca, solidarizándose. El mundo se paralizó: la música, el juego, el alboroto. La gente siguió aglomerándose.

— ¡El man se está ahogando! Por fa, denle aire. ¡Busquen un médico!

Oían la solicitud pero lo que hacían era apiñarse, sugiriendo otras formas de auxiliarlo. Sin embargo, nadie se movió a llamar a la policía ni a la ambulancia. Lo único que hicieron fue quedarse allí pegados al piso.

Al final, un infarto fue la causa. Lo llevaron a la funeraria, lo afeitaron, lo vistieron, lo encajonaron y lo exhibieron a sus familiares. Al día siguiente, antes de sepultarlo, Tony —su gran amigo de juego— abrió la tapa del ataúd y arrojó la ficha del doble dos al fondo. El murmullo cundió entre los asistentes por la actitud de Tony. Después aclaró que esa ficha de dominó simbolizaba la amistad eterna.

—Para que te diviertas con el diablo o con Dios— expresó al final. Tony no pudo contener el llanto y se apartó de los asistentes al sepelio.

No habían pasado tres semanas, cuando otra fatal noticia corrió por el barrio. Tony, otro de los jugadores, había fallecido. Un aneurisma cerebral fue la causa. Así como se organizó el sepelio de Juanca así fue el de Tony. Pocas coronas de flores y muchos parientes en luto riguroso. La tranquilidad fue quebrándose en el barrio. El ambiente entre los vecinos parecía galleta de soda.

Lo que sigue es lo infame de esta historia y es mejor abreviarla. Cuando fueron a enterrar a Tony, Gustavito —amigo inseparable, por supuesto— sintió que se le desprendía un pedazo de su corazón. Gustavito exigió que le destaparan el cajón y lanzó el doble tres al fondo del ataúd.

—Recemos por el alma de mi *pana*, Tony.

De acuerdo con el orden y las cuentas que la gente llevaba sobre “los muertos del dominó” —como les llamaban— la ficha que cerraba el juego de la muerte era Gustavito. El destino —sucesión infinita de hechos inmodificables— aligeró su guadaña.

Gustavito sufrió un accidente mortal en la bicicleta en una vuelta de la carretera. Este fue un funeral lleno de mucho temor.

Alexis Montenegro no asistió al funeral de su amigo, Gustavito. El sepelio fue cruel y solitario. Pocos familiares y ningún amigo. Alexis Montenegro, el último de los jugadores de dominó, estaba arrinconado en su casa, llorando la partida de su *llave*.

—La muerte no me va a encontrar aquí. Me voy.

Fue aquella tarde amarilla de abril cuando Alexis Montenegro decidió desaparecer. Cuentan que solo bastó que pusiera la punta de su zapato tenis en el estribo del bus cuando, a unos doscientos metros, el estropicio le hizo voltear y encontrarse desgraciadamente con el desmorone de su casa. La vio venirse abajo como una pila de fichas de dominó. Vio un derrumbe blanco y negro.

Alexis Junior no intentó de levantarse. Con la misma atención con la que oyó la historia de su padre así también escuchó la champeta que salía del picot y tuvo el valor de tararearla pausadamente.

La mesa le mostraba las cruces imborrables de miles de juegos ejecutados por su padre. La tiza, con la que apuntaba las partidas perdidas o ganadas, permanecía allí en una esquina de la mesa.

Sus amigos estaban sentados en cruz, como a la espera de que alguno de ellos les despertara la perversidad a las fichas de dominó, las recogiera, las derramara sobre la mesa, las revolviera a dos manos y las repartiera en grupo de a siete para cada jugador y de esta suerte dar inicio a otra generación de jugadores que aparentemente no mostraban ningún temor sino unas ganas intensas de retar al destino.

Abril 12 de 2017.

Santa Marta, cerca del mar.

Esta edición consta de 50 ejemplares.
Se diseñó y diagramó en la Editorial Unimagdalena.
Se reimprimió en febrero de 2018 en los talleres de
Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S. - Xpress Kimpres
Carrera 69H No. 77-40. Bogotá D.C., Colombia.

En su composición se utilizó caracterer
Minion Pro 12/18 puntos y Helvética LT Std 14 puntos.
Formato 17 x 24 cm.
Su portada va en papel propalcote de 300 gramos y las páginas interiores en
papel book cream 70 gramos.